

LA UNIDAD NACIONAL

ALGUNOS APUNTES SOBRE SOCIOLOGIA COLOMBIANA

CONFERENCIA DICTADA EN EL CENTRO JURÍDICO
DE LA FACULTAD DE DERECHO
DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Señores socios:

No es mi propósito hacer una docta y erudita exposición que ni mis conocimientos ni lo premioso del tiempo permiten. Las observaciones sencillas, que me propongo desarrollar han sido el tema apasionante de mi vida desde el momento en que las luces de mi razón se proyectaron sobre el panorama de nuestro pueblo.

La atenta lectura de las obras de los poquísimos sociólogos colombianos que he podido consultar serán ayuda eficaz de esta modesta exposición que si algún mérito tuviera sería el de estar animada por un fervoroso anhelo de engrandecimiento patrio.

En verdad muy poco será lo que mis escasas dotes analíticas puedan aportar a tema tan vasto como es el estudio étnico y psicológico de un pueblo. Sólo pretendo atraer vuestra atención sobre asunto tan importante para que nuestra juventud, basándose en estos conocimientos trascendentales, contribuya en la medida de sus capacidades a señalar rutas definidas al pensamiento colectivo que hoy se pierde en un verdadero caos ideológico.

Reconocida es la necesidad de estudiar cuidadosamente la psicología de las masas populares, muy diferente de la individual, si se pretende conducir las con

cierto. No se puede ser verdadero político ni estadista aventajado, si no se conoce perfectamente la índole del pueblo que se intenta dirigir o gobernar.

Un periodista norteamericano afirmaba hace algunos días que para fundar un partido en la época actual no se necesita sino una bella voz, un vocabulario caudaloso y un micrófono. Si su concepto no es una regocijada ironía y observamos la tendencia a lo práctico de los conglomerados humanos se podría contestar que sin un cabal conocimiento de las aspiraciones colectivas nunca se podrá arrebatar a las muchedumbres en pos de un ideal político. Estudiar someramente esa psicología, esa índole, esas aspiraciones colectivas y de ese estudio sacar algunas conclusiones que estimó de interés es el objeto de la presente exposición.

Hablar de una psicología colombiana en general no es posible, pues basta una visión superficial de nuestro país para que observemos la múltiple variedad de tipos étnicos que integran nuestra población. Variedad debida a las diversas razas que en épocas remotas invadieron nuestro suelo y que la topografía y el clima de las distintas regiones se han encargado de conservar.

Es indudable la influencia que el clima y demás condiciones geográficas de un lugar determinado ejercen en el carácter de los individuos. Esta tesis, que tenía antecedentes europeos, fue brillantemente sostenida entre nosotros por el sabio Caldas en un olvidado artículo de *El Semanario*. Y no se diga que es una tesis materialista. En el estudio de la filosofía comprobamos cómo entre los dos componentes esenciales del hombre, alma y cuerpo, existe una mutua y trascendental dependencia, de tal manera que el más leve pensamiento o volición repercute en el cuerpo y, viceversa, la más pequeña impresión somática influye en la actividad psíquica.

Nuestro país, en extremo quebrado, cuenta con una gran variedad de climas que va desde el calor sofocante del litoral y las grandes hoyas hidrográficas hasta el frío glacial de los páramos en la cima de las cordilleras. Estas distintas influencias, agregadas a las diferencias étnicas, ha dado como lógica consecuencia una gran variedad de tipos temperamentales. Así vemos cómo al tipo del costeño, en su mayor parte cruzado con el negro, de carácter jacarandoso y bullanguero, irascible y activo, se opone el tipo mestizo, calmado y reflexivo, indolente y resignado del habitante de la sabana. Al temperamento reservado, lento y melancólico del indio boyacense se opone el temperamento ardiente, caracterizado por la franqueza agresiva y el arrebatado pasional, del santandereano. Y así podríamos continuar el parangón entre nuestras diversas agrupaciones étnicas que corresponden en cierta manera a los distintos departamentos en que está dividida la República. Por lo tanto la unidad nacional no se puede basar en la uniformidad de la raza o de las costumbres; se debe basar en aquellos vínculos comunes que identifiquen a todos los habitantes del país.

Para analizar estos rasgos divergentes y convergentes vamos a sondear el pasado de nuestros tipos étnicos más destacados.

La historia geológica del globo demuestra que hacia la era primaria lo que hoy constituye la América del Sur era un fondo marino en su mayor parte. Encontrábase entonces el planeta combatido por la presión de las aguas en el exterior y por las fuerzas plutónicas del núcleo central incandescente. La débil corteza se resquebrajó y un día, apartando violentamente las aguas del vasto océano primitivo, surgió el dorso gigante de la cordillera andina que muy probablemente se exten-

día de polo a polo. Transcurrida la infancia del planeta y hacia la época terciaria, un nuevo cataclismo convirtió el continente tropical en dos: el Africano y el Brasileño. Recuerdo haber leído un bello estudio sobre el origen del continente americano debido a la pluma del sabio norteamericano James Orton, en cuyo estilo se conjugaban el fondo científico y la galanura del lenguaje. El eminente geólogo y explorador, en páginas de inimitable colorido, nos dice cómo el nuevo continente, recién surgido de las ondas y a medias inundado se cubre, en el período carbonífero, de una vegetación pujante que se extiende hasta los círculos polares. De las cimas enhiestas de las cordilleras se desatan ríos inmensos y entre el fango de las costas brasileras donde más tarde han de cristalizar magníficos diamantes, se arrastran los enormes dinosaurios.

El paso modelador de las edades fue preparando el continente hasta hacerlo apto para la vida humana. ¿Cuántos milenios transcurrieron sin que la planta humana hollara el suelo virgen de la América? Nadie lo sabe. Mas el supremo Legislador del Universo, que rige el destino de los pueblos como el de los hombres, dispuso que un día familias o tribus del Extremo Oriente pasaran por un estrecho congelado a la tierra desconocida. Quizá también barcos egipcios, cartagineses o fenicios llegaron a sus costas llevados por las tempestades o el azar. Lo cierto es que cuando los conquistadores de Inglaterra, España y Portugal invadieron estas tierras las encontraron habitadas por pueblos muy diversos.

Concretándonos ahora a Colombia sabemos por la historia de la conquista que tribus muy diferentes entre sí ocupaban su territorio. El *caribe*, por ejemplo, era un tipo de nariz aguilera, valiente y sanguinario, distaba mucho del *chibcha* apacible y melancólico de acentuados rasgos asiáticos. Lengua, creencias y cos-

tumbres los diferenciaban y lo mismo sucedía con otra multitud de tribus dispersas entre las cuales no existía ninguna clase de contacto.

A fines del siglo XV y principios del XVI sobreviene la conquista representada por un pueblo en cierta manera homogéneo pero que también era un compuesto de sangres diferentes. Los primeros conquistadores acamparon en las costas donde las tribus belicosas les opusieron tenaz resistencia. Pasados varios lustros emprende la exploración del río Magdalena un curioso personaje, natural de Córdoba o Granada, licenciado y guerrero, más inclinado a las letras que a las armas, autor luego de crónicas y sermones, cuyos rasgos típicos, al decir de don Antonio Gómez Restrepo, «parecen haberse impreso en el carácter del pueblo conquistado, pues en este país ha sido frecuente el tipo del militar civil valiente hasta el heroísmo, pero nada propenso a caudillaje». Después de las improbas penalidades que con lujo de detalles nos refieren los primeros cronistas, el puñado de heroicos castellanos al mando de Quesada ve extenderse, como premio a sus fatigas, la espléndida meseta andina, intensamente cultivada. Los bohíos están contruidos con cierta elegancia. Caminos amplios y rectos se cruzan en distintas direcciones y por ellos circula una densa población de hombres medianos y cobrizos que, sin oponer resistencia, huyen ante los jinetes hispanos pues se les antojan deidades monstruosas y terribles. Empero estos indígenas, perspicaces y recelosos, una vez convencidos de las intenciones pacíficas de los nuevos amos, empezaron a dar muestras de una confianza aparente mientras ocultaban sus mejores tesoros en sitios inaccesibles a la codicia española.

El pueblo *chibcha* era un pueblo manso, pero desconfiado; sufrido y trabajador, se dedicaba a la agricultura y había llegado a un grado considerable de civil-

lización. Su religión idolátrica tenía leyendas de sorprendente simbolismo. El mito griego de Afrodita surgiendo de las ondas del mar, estaba representado entre los chibchas por el de la diosa Bachué, genitora de la raza. El chibcha que tenía cierto fondo fatalista, aceptó con facilidad el vasallaje, no sin que uno de sus soberanos mostrara en su vencimiento la fiera dignidad del inca torturado que apostrofó a uno de sus claudicantes vasallos, en presencia de sus verdugos, con la frase candente: «Por ventura estoy en un lecho de rosas?»

El conquistador español era un tipo latino, ardiente, ambicioso, imaginativo, sensual y codicioso. Endurecido en luchas seculares el hispano tenía un fondo vengativo y cruel apenas templado por la fe cristiana la cual consideraba como un privilegio para la conquista. Pero el español no conocía el egoísmo nacionalista del conquistador inglés que no enseñaba en los países conquistados ni su lengua, ni su religión, ni sus costumbres, ni mezclaba su sangre con la del aborigen. El conquistador español, por el contrario, enseñó su lengua y su religión, aún con exceso de celo, al pueblo indígena y con él mezcló su sangre dando origen al tipo *mestizo* que había de ser el predominante por su número. En este tipo se conservaron los rasgos peculiares del indígena, si bien se distinguía de éste por su mayor viveza e inteligencia; conservó cierto fondo fetichista y adulteró las prácticas católicas con supersticiones y prácticas idolátricas.

Al tipo español puro y al mestizo, más tarde vino a agregarse el tipo *criollo*, hijo de españoles nacido en América, el más interesante pues produjo hombres de la talla de Bolívar, Torres y Nariño. La introducción de negros esclavos para el laboreo de las minas en los climas deletéreos del litoral, dio origen a otros dos tipos raciales: el *mulato*, hijo de blanco y negro, y el *zambo*, hijo de negro e indígena, tipos que en su ma-

yor parte quedaron circunscritos a determinadas regiones, donde la violencia del clima no permite el desarrollo de las razas blanca e indígena puras.

No obstante las circunstancias de clima y los inconvenientes que ofrece el ambiente tropical, la raza blanca tiende a predominar en la república.

Durante los tres siglos del dominio español los peninsulares constituían una especie de aristocracia racial que manejaba todas las actividades de la colonia y miraba con supremo desdén, el conjunto de razas que constituían la masa de la población. Esta por su parte, exceptuando a los criollos, siempre inquietos y levantisos, soportaba con absoluta resignación la coyunda española. Preconizando el derecho divino de los reyes se le había enseñado a mirar con fanática veneración al lejano monarca. De ahí la resistencia del mestizo, esclavo de estos prejuicios, a la lucha de independencia. En cambio el criollo que sentía arder en sus venas la sangre heroica de los viejos hispanos; que, dotado de una gran fantasía y un talento excepcional, leía con avidez libros de todo género, sin apartar los ojos vigilantes del panorama científico y político de Europa, era motivo de perpetua alarma para el mandatario español. Al estallar la Revolución Francesa los oleajes de la recia tempestad vinieron a golpear las costas americanas. Un poco antes la revolución de las colonias norteamericanas había sido toque de alerta para la juventud criolla.

Esta bizarra juventud había demostrado ya sus brillantes capacidades y despejados talentos con motivo de la organización de la Expedición botánica. En estos mismos cáustros se congregaba la falange de los futuros héroes y legisladores.

Un tipo auténtico de criollo, Don Antonio Nariño, hace imprimir clandestinamente los célebres «Derechos del Hombre», fruto sangriento de la revolución fran-

cesa. Sin embargo el golpe atrevido sólo conmueve las altas capas sociales. El pueblo francés había servido de eficaz instrumento para la transformación de una época, Nariño proyectaba hacer de las masas subyugadas un instrumento adecuado para la independencia patria. Pasados algunos años la descomposición de la monarquía española hace que los criollos, contenidos aún por un fondo tradicional de respeto a España, pero animados por un secreto anhelo de libertad, den el primer grito de rebelión, aunque protestando adhesión al vacilante príncipe Don Fernando VII. Quizá el conato revolucionario no hubiera sido más que un fugaz relámpago en la quieta noche colonial si no hubiera surgido en la vecina Capitanía, otro criollo, ejemplar de las más bellas virtudes de la raza: BOLÍVAR.

El año de 1811 Cartagena, la ciudad guerrera, arrullada al través de los siglos por olas y cañones, en cuyos habitantes quizá vibró el viejo espíritu del caribe, nunca domeñado, dió, la primera, el grito de independencia absoluta.

Vino la guerra de independencia que el indígena y el mestizo, por lo general, miraron con disgusto porque venía a sacarlos de su habitual indolencia. Pero una vez empeñada la lucha murieron heroicamente, muchos de ellos, en los campos de batalla.

En los primeros años de la república el carácter, en extremo legalista peculiar del pueblo colombiano, heredado sin duda del viejo licenciado conquistador, surgió con todo su cortejo de tramoyas, sutilezas y sofismas. La incipiente república fluctuaba entre diversas y encontradas corrientes. Una especie de romanticismo político exagerado se apoderó de los viejos guerreros y de la gente moza de la Capital. Las pasiones políticas caldeadas por el sol del trópico y estimuladas por apetitos de toda clase no permitían reflexionar. El título

de *dictador* concedido al padre de la Patria, vino a poner el colmo a los escrúpulos de leguleyos y teorizantes y vióse entonces a lo más distinguido de la juventud granadina reunirse misteriosamente en tertulias de aspecto literario, pero de índole revolucionaria, patrocinadas por individuos de ambigua personalidad. Los miembros de estos clubs, como anota Posada Gutiérrez, «Aprendiendo la historia en novelas y catecismos diminutos calificaban a Julio César de tirano abominable y al Libertador de otro Julio César y más tirano que César». Y los jóvenes conjurados, sintiéndose adalides de la libertad y del derecho, soñando con Bruto o Armodio y Aristogitón, quisieron apuñalear al mismo Genio de la independencia en la noche del 25 de septiembre de 1828.

Tipo colombianísimo por su carácter reservado, por su gran respeto a la norma legal, por su genio organizador, fue el general Santander. Una vez pasada la lucha de la independencia, el prócer colgó su espada y le dedicó todas sus energías a la organización estatal de la nueva república. Desterrado el año 28 a los Estados Unidos, el general granadino llegó a aquella nación en la época en que las teorías políticas de Bentham atraían las miradas de los estadistas europeos y americanos. Dícese que el General Santander quien profesaba una gran admiración al filósofo inglés, llegó a sostener con él correspondencia. Cuando el general ocupó la presidencia de la Nueva Granada, preconizó la enseñanza de las teorías utilitarias de Bentham. Debemos advertir, sin embargo, que el «Hombre de las Leyes» si bien en política era utilitario convencido, en su vida privada fue un cristiano práctico. Las doctrinas utilitarias encontraron en el país prosélitos y adversarios entre los intelectuales de más prestigio, durante muchos años.

Muerto Bolívar, viene luego una época muy agitada de la vida republicana. El pueblo granadino, después

del largo período colonial, pasada la lucha de la independencia y desmembrada la gran Colombia, se sintió responsable de sus destinos. Un vértigo de ensayos, de sistemas trasplantados de otros climas se apoderó de los hombres de gobierno. Las Constituciones son flores efímeras que nacen y mueren al calor de contiendas fratricidas. A veces se conceden tantas libertades a las masas bisoñas que éstas llegan a creerse con derecho de imponer un presidente bajo la amenaza del puñal o para instituir las nefastas «sociedades democráticas», que llevan el desorden y la barbarie a todos los ámbitos de la república. El año de 63 el sentimentalismo político libertario dicta una constitución que el patriarca del Romanticismo francés, el viejo Hugo, califica de ser propia para ángeles pero no para hombres.

El sistema federal trae una serie de guerras intestinas dentro de los estados soberanos y de éstos entre sí. Está a punto de irse a pique la nave de la República, cuando llega un hombre de singulares energías a la vez legislador, filósofo y poeta, que empuña el timón con mano firme, conduce el barco a buen puerto y allí lo ancla por medio de una constitución de fuertes bases autoritarias. No obstante el pueblo inconforme se lanza a la guerra y agota en una última embestida sus más preciosas energías.

La historia nos demuestra que nuestro pueblo es esencialmente enemigo de las dictaduras, del caudillaje y de los gobiernos militares. Atentó contra la vida de Bolívar, cuando se llamó dictador; los partidos se unieron para derrocar a Melo; Mosquera fue apresado y más tarde la última dictadura cayó en forma igualmente estrepitosa. Ese fondo rebelde latente en «un pueblo de índole mansa y legalista», es lo que hace imposible de implantar en nuestro suelo los absorbentes sistemas políticos que conmueven a Europa. Nuestro pueblo respeta a la autoridad legítimamente constituida, pero no permite que sus representantes atropellen las normas del Derecho.

Estamos, pues, en presencia de un pueblo que es un conglomerado de tipos raciales diferentes, de caracteres diversos. Mas al recorrer su historia hallamos junto a las notables divergencias de temperamento, algunos rasgos comunes. ¿Cuáles son éstos? Un gran respeto por la autoridad legítima, un fondo muy marcado tradicional, legalista y religioso; una índole mansa y un carácter dócil cuando se le sabe conducir de acuerdo con su temperamento; sentimental y poco reflexivo nuestro pueblo es impresionable y tornadizo y por lo tanto inconsecuente. En general opta por la línea de menor resistencia; las obras que implican un gran esfuerzo pronto le fastidian; es esencialmente imitativo y posee una gran facultad de adaptación. Está dotado de cierto genio artístico pero nunca acomete obras grandiosas ni por la extensión ni por la calidad. Finalmente observamos que es un pueblo emotivo en gran manera, pero poco apasionado.

Hasta aquí hemos recorrido de una manera rápida y desde luego deficiente, el desarrollo histórico y los caracteres étnicos de nuestro pueblo. Estas brevísimas observaciones, como os dije al principio, no tienen otro objeto que llamar vuestra atención hacia los eternos problemas de la raza, centro vital de toda nacionalidad. Hemos visto que la aplicación inconsulta de sistemas ultramarinos ha tenido por lo general desastrosas consecuencias; que el estudio atento de los diversos tipos de nuestro pueblo nos demuestra una gran variedad de caracteres, efecto de la fusión de razas diferentes; finalmente hemos analizado los rasgos generales que son peculiares a todo el pueblo colombiano.

Preconizar sistemas federales en una nación de caracteres heterogéneos, agudamente regionalistas, es por lo menos peligroso para la unidad de la nación. Así lo demuestra la historia patria. Lanzar programas políticos desconectados de nuestro medio, muchas veces

sin fondo doctrinario, sin bases filosóficas definidas, es un pecado contra la democracia. El pueblo colombiano necesita de orientación porque es un pueblo de cultura rudimentaria; pero si los llamados conductores políticos se encargan de someterlo a todas las direcciones de la rosa de los vientos, acabará por perder toda noción de patriotismo y decoro. No considero inconveniente para el progreso de la República que tres o cuatro agrupaciones se disputen lealmente la supremacía en el manejo de los destinos de la nación, si sus programas son una ideología firme y definida y si todos convergen a un fin supremo: la próspera y feliz convivencia de los Colombianos.

No es con un patrioterismo gárrulo como se hace grande una nación; es aprovechando aquellos elementos vitales que la pueden hacer respetable y respetada. No pudiéndose fundar la unidad nacional en la raza como lo han intentado otras naciones, nos restan tres lazos de unión, tres vínculos sagrados que se deben robustecer: la religión, la lengua y el culto de los héroes. La fe católica que hace cuatrocientos años vive en la entraña del pueblo, que preside nuestra constitución republicana, que acompaña los hechos más solemnes de la historia colombiana y que la casi totalidad de los hijos del país profesa. No olvidemos que alguien dijo «descatolicemos a Colombia y pronto será colonia norteamericana». La lengua castellana cuya pureza se ha enturbiado merced a los infinitos regionalismos que la invaden y por cuya integridad debieran velar conjuntamente la prensa periódica y las academias. Finalmente la vida nacional e internacional debe estar amparada por la sombra augusta de los libertadores, símbolo de grandeza, de dignidad y de orgullo colombiano. En vez de apagar el fervor de las muchedumbres por los paladines de la gesta heroica, exaltemos su recuerdo y tributémosles el culto sagrado de un patriotismo insomne.

Combatir ese utilitarismo sórdido que parece predominar en nuestros días, ennoblecer el concepto de la vida para elevar el nivel de la democracia, luchar por la unidad y el prestigio de la nación, tal debe ser el anhelo de nuestra juventud.

ELIÉCER SUÁREZ FORERO

Septiembre de 1935.

LOS FENOMENOS TELEPATICOS (ESTUDIO EXPERIMENTAL)

Por RODRIGO NOGUERA.

Los fenómenos telepáticos han sido observados desde muy antiguo, y los casos abundan tanto en la Biblia como en la literatura greco-romana. Ezequiel, por ejemplo, vió en su imaginación los horrores que se perpetraban en el templo de Jerusalén, y Plutarco narra hechos análogos muy emocionantes. En los tiempos actuales se hallan atiborradas de ellos, aun atribuidos a los animales, las obras de metapsíquica, y sería excepcional encontrar hoy una persona que no haya oído contar a sus familiares o que ella misma no haya creído tener, fundadamente o no, alguna manifestación telepática. Nosotros mismos podríamos referir algunos casos propios y ajenos; pero nos limitaremos a uno, de cuya autenticidad no dudamos.

Hace apenas un año, se hallaba en el Hospital de San José de esta ciudad un joven de distinguida familia de Cundinamarca. Padeía de tuberculosis pulmonar muy avanzada, y se hacían los últimos esfuerzos para salvarle. Aparentemente había mejorado, y, la noche en que murió, una de sus tías dormía tranquilamente en alguna de las poblaciones próximas. De pronto ésta, sin haber soñado nada, despierta a medias, y sufre la alucinación de que el enfermo entra en la alcoba, se inclina sobre el lecho y, tomando entre las suyas una de las manos de la señora, que siente el contacto, la estrecha dulcemente y